

## DIONISIO RIDRUEJO: HOMBRE, ESCRITOR, POLÍTICO

No se puede hablar aisladamente de alguno de esos aspectos de su personalidad, prescindiendo de los otros, porque Dionisio Ridruejo es paradigma de un «yo» enterizo, indivisible, con la interdependencia de todos sus valores que a un mismo nivel –humano, poético y político- se complementan, se estimulan, se perfeccionan y se potencian recíprocamente.

Su genio poético no está sólo en los versos, sino también en la prosa, en su lenguaje hablado, en su visión política, fruto natural de su sensibilidad y espíritu solidario.

Esto que a mi juicio – y creo que objetivamente- es cierto y claro en su caso, no es lo más corriente en grandes artistas, pues de algunos no solamente es que se pueda hablar aisladamente de su inspiración y de su creación artística, con independencia y separación de sus valores humanos, sino que es precisamente así como conviene hacerlo –y será lo más piadoso-, tal ocurre por ejemplo en el caso Verlaine, uno de los más extraordinarios poetas del mundo contemporáneo, que tanta influencia tuvo en la poesía de Hispanoamérica como atestigua Rubén Darío al llamarle en su famoso «Responso» padre y maestro mágico. Y lo mismo podría decirse de Rimbaud y otros –de gran pobreza y degeneración humana- que alcanzaron, sin embargo, las cumbres más altas de la literatura.

En la primera impresión que producía Ridruejo, aquel hombre pequeño, enjuto, amable y bondadoso, con una mirada penetrante y ligeramente triste, con además convaleciente «cansado el gesto y sin cansar la fuerza», como dijo el poeta Rosales, pronto se encontraba uno con su palabra segura, lenta y densa, con su capacidad para el diálogo y a la vez para el ensimismamiento. Tenía, además, junto a su capacidad de síntesis una capacidad de análisis que es infrecuente en los poetas. Ridruejo poseía esa rara virtud de saber analizar todo meticulosamente; seleccionar y coordinar, para desde el análisis ascender a la síntesis y en ella condensar con una precisión extraordinaria: En cuatro palabras definió a la Castilla del alto Duero «no lugar sino paisaje», y con tres a Cataluña como «residencia y solar».

Él tenía capacidad para abarcar de una mirada, realista y especulativa a la vez, todo un ambiente: con hombres y cosas, con luces y sombras, y reducirlo luego a ordenado esquema, descubriendo, con singular perspicacia, los puntos sobre los que operar con eficacia creadora.

Cualidad, virtud singular en este país, Dionisio no mentía nunca. Si Pedro Rodríguez pudo decir de un político que tuvo ruidosa notoriedad en otro tiempo, que mentía biológicamente, por el contrario, de Ridruejo podría decirse que la repulsión para mentir hasta en cosas mínimas o piadosas fue en él también casi biológica. Y es que la lealtad era en él consustancial a su temperamento: lealtad con los suyos y con sus amigos hasta la muerte; y leal consigo mismo, con su pensamiento y con su acción. Y así su evolución en todos los órdenes no fue otra que eso: lealtad con su propia lealtad.

Ridruejo, con la intercomunicación de saberes y valores morales era también un «espíritu valiente», según la definición que de valentía hizo Quevedo, con el que guarda ciertas concomitancias. Entre sus muchos actos de valor de que fuimos testigos recuerdo

éste: Acababa de fallecer una hermana suya a la que había estado unido con el cariño más profundo. Dionisio se hallaba detenido y procesado en la cárcel de Carabanchel – una de sus muchas detenciones- y el juez que llevaba la causa accedió a la petición de libertad que se le hizo a los solos efectos de que asistiera al entierro. Desde Carabanchel se trasladó a la clínica madrileña para presidir el cortejo fúnebre y mientras iban andando, recogido en sus recuerdos y reflexiones, persona bien enterada por su significación oficial se le acercó manifestándole su temor de que aprovechando la situación pudiera ser objeto de un atentado que sabía «de buena tinta» estaba bien proyectado. Dionisio al oírlo esbozó una sonrisa muy suya, se encogió de hombros y con la mayor naturalidad y voz tranquila repuso: «Lo que haya de ser sonará, todos tenemos nuestra hora señalada por la Providencia», y siguió andando sin protección, sin muestra de inquietud, ni alarde alguno.

Acto de valor –insólito- había sido ya en el año 1942 su renuncia a todos sus cargos políticos; luego la defensa de sus convicciones políticas discrepantes, cuando la discrepancia era considerada como traición, sin doblegarse ni ante procesamiento, la cárcel, el confinamiento o el exilio; su incorporación a la División Azul a pesar de su precaria salud, o su estancia, enfermo, en los Estados Unidos, explicando Historia de la Literatura y de la civilización española –Universidades de Madison y Austin- para tratar de apuntalar así su maltrecha economía. Y él todo lo hacía sin envanecerse ni dolerse, porque la sencillez fue otra de sus constantes: ni vanidad ni falsa modestia. Así, preguntando un día en qué concepto tenía de su valía como poeta contestó: «Me tengo por un poeta decoroso.» Otra vez Laín le habló de llevarlo a la Academia: «No, no me veo académico», respondió.

Otra característica muy señalada en Dionisio era su igualdad de carácter apenas turbado por las contrariedades -¡tantas veces en el destierro y en la cárcel!- por el dolor o por la alegría; lo que no significaba frialdad en su alma que era apasionada, aunque siempre frenada por su actitud crítica.

Cautivaba a la gente con la lucidez de su argumentación, la justeza de su palabra, con su rectitud y sus maneras. Cierto que algunos –megalómanos lunarios, mediocres, resentidos-, no le perdonaban su inteligencia y su integridad, pero él se defendía de esos ataques con dignidad y con ironía; y nunca se privó de la satisfacción de admirar y elogiar.



En sus relaciones con sus superiores jerárquicos en la época en que los tuvo –creo que salvo el «número 1», hablaba a la manera «pemaniana», no me tuvo más que a mí- diré que fue siempre con los dos exigente y riguroso, con frecuencia difícil y en alguna ocasión incómodo, pero con la lealtad, la honradez y el espíritu crítico propios de un verdadero colaborador. Tuve entonces y luego ocasión de conocer cuáles fueron las relaciones con sus colaboradores y subordinados que le adoraban, y que jamás incumplieron una orden o consigna suya y siempre le secundaron. Cuando alguno de éstos se equivocaba le convencía de su error con palabra suave, con su lógica vigorosa y su humanidad, por lo que gustosos reconocían sinceramente su razón y rectificaban convencidos. Le consideraron un jefe ideal: Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Torrente Ballester, Antonio Tovar, Laín, el novelista Zunzunegui, el poeta gallego

Cipriano Torre Enciso, Moure Mariño –periodista-. Catalanes como Ignacio Agustí, Masoliver, Salas, Vergés. Depositaba su confianza en cada uno de ellos; nunca tuvo celos, y no sintió molestia por lo que pudieran brillar.

Convivir con él ha sido uno de los bienes que hemos conocido y perdido.